

DON SIMON RODRIGUEZ:

Rasgos de su vida y permanencia en Túquerres

(A Arturo Uslar Pietri en Venezuela).

VICENTE PEREZ SILVA

Aunque parezca una figura sin mayor importancia, consideramos que D. Simón Rodríguez ha pasado a las páginas de la historia no solamente por el hecho afortunado de haber sido el maestro del Libertador Simón Bolívar y haberse grangeado su afecto, sino por las manifestaciones de su extraordinaria inteligencia, por la originalidad de sus ideas, por su específica manera de ser y de actuar, y por la huella dejada en el campo de la educación. Aunque para muchos desconocida o ignorada, particularmente para las actuales generaciones, no hay duda que se trata de una figura que, por diversos aspectos, todavía suscita el interés de estudiosos o investigadores y merece que sea conocida.

Antes de ubicar al personaje que ahora nos ocupa en tierras del sur colombiano y en vista de que es relativamente poco lo que se sabe de D. Simón Rodríguez, creemos conveniente trazar, en apretada síntesis, el itinerario biográfico de este hombre de muy extraña personalidad y largo magisterio, que desde temprana edad se consagró a la enseñanza y dejó huellas significativas en el acontecer educativo. Baste saber que fue el primero en Venezuela y quizás en América en acometer la ardua tarea de implantar un sistema público de enseñanza de las primeras letras o escuela primaria.

D. Simón Rodríguez, "hombre de curiosa fisonomía y de extravagantes y originales ideas", nació en Caracas hacia el año de 1771. De modesta familia, fueron sus padres D. Cayetano Carreño y doña Rosalía Rodríguez. Por una de sus raras actitudes, durante poco tiempo llevó el apellido de su progenitor, después optó únicamente el de su madre.

A los veinte años ya era un maestro de escuela, dedicado por completo a la enseñanza de las primeras letras.

El 19 de mayo de 1794 presentó ante el Ayuntamiento de Caracas un proyecto de reforma educativa titulado: Reflexiones sobre los defectos que vician la escuela de las primeras letras de Caracas y medio de lograr su reforma por un nuevo establecimiento. Al año siguiente es nada menos que el maestro del aristocrático y díscolo discípulo que más tarde sería el Libertador de América. Cuenta apenas con veinticuatro años y sin embargo, afirma Mercedes Alvarez, autora de la magnífica obra *Simón Rodríguez tal cual fue* (Caracas 1966), ya "poseía una fama de primer orden, pues todos elogiaban su enseñanza, conducta y probidad...".

Aunque no está muy bien establecido, parece que en 1797, tan eminente pedagogo salió de Venezuela a donde no retorna jamás. Recorre Jamaica, Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Italia, Suiza y en alguna ocasión hasta Rusia. En 1805, desde París, viaja a Italia en compañía de Bolívar; en el Monte Sacro de la Ciudad Eterna le escucha el juramento de romper "las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español".

En 1823 desembarca en Cartagena de Indias, "con un voluminoso equipaje que se compone casi todo de libros y de instrumentos científicos". luego se establece en Bogotá por algún tiempo, y allí funda un establecimiento educativo. Desde Pallasca, el 8 de diciembre del citado año, Bolívar escribe a Santander: "He sabido que ha llegado de París un amigo mío, don Simón Rodríguez: si es verdad haga usted por él cuanto merece un sabio y un amigo mío que adoro. Es un filósofo consumado y un patriota sin igual, es el Sócrates de Caracas...".

Al año siguiente, en carta de fecha 6 de mayo le reitera a Santander: fue mi maestro: mi compañero de viajes y es un genio, un portento de gracia y de talento para el que lo sabe descubrir y apreciar. Todo lo que diga de Rodríguez no es nada en comparación de lo que me queda... Empéñese usted porque se venga...". Nadie más autorizado que el mismo Bolívar para darnos con tamaña sinceridad la auténtica imagen del maestro.

De Bogotá se encamina hacia el Perú. En Lima, según testimonio del general O'Leary, Bolívar abrazó a su maestro "con filial cariño y le trató con una amabilidad que revelaba la bondad de su corazón". De esa capital marcha con Bolívar al Alto Perú; fue nombrado director e

inspector general de instrucción pública y beneficencia. Con la comitiva del Libertador visita luego Arequipa, El Cuzco, La Paz y Potosí. El 1º de noviembre de 1825 llegan a Chuquisaca y aquí se separa de Bolívar para nunca más volverlo a ver. "En Bogotá, dice Rodríguez, hice algo y apenas me entendieron; en Chuquisaca hice más y me entendieron menos".

De Bolivia, es decir, del Alto Perú en aquel entonces, el andariego D. Simón Rodríguez retorna al Perú, y de aquí pasa al Ecuador. De su permanencia en este país nos da buena cuenta la pluma del Bachiller Hilario de Altagumea, seudónimo de Antonio José de Irisarri, en las páginas de su curioso libro *Historia del Perínclito Epaminondas del Cauca* (Nueva York, 1863). Oigamos este interesante relato en el que el genial trotamundos guatemalteco nos aporta una magnífica idea del genio, de los principios y del carácter de D. Simón Rodríguez. Dicho relato viene a cuento cuando el escritor de marras e incondicional amanuense del general Tomás Cipriano de Mosquera menciona a un tal Juliano Manzanal, uno de los personajes que con supuesto nombre aparece en la citada *Historia* que su autor considera "una novela que no carece de su parte histórica, ni de su parte filosófica, ni de su parte moral, ni de su partecilla literaria". Pues bien, dice Irisarri que cuando dicho Julián Manzanal llegó a Ibarra, luego de cuatro días de haber entrado en el Ecuador, se apeó de su macho en una casa en la que encontró quien lo hospedara. Y prosigue el anunciado relato de la siguiente manera: "Ocupaba aquella casa un anciano de aspecto respetable, que tenía por mujer una india boliviana, a quien llamaba con el nombre poco cariñoso de Teresona, teniendo sin duda el aumentativo por más afectuoso que el diminutivo Teresita. Bien es verdad que a la india aquella no le venía de perlas el diminutivo, porque era grande y redonda como un tonel. Hijos de aquel matrimonio eran dos chicos y una chica, llamados el mayor de ellos Choclo, y el otro Zapallo, nombres quechuas que significan el primero la mazorca del maíz tierno, que llaman elote los centroamericanos, y el otro una especie de calabaza que asada tiene el gusto de la castaña, y la llaman en Centro América ayote. La chica tenía por nombre Zanahoria. Aquel padre de familia vegetal no gustaba de dar a sus hijos nombres que los confundiesen con los de otros padres, y en esto yo creo que tenía bastante razón; porque si uno llama a un Pedro, o a un Juan, o a un José entre una porción de chiquillos, responden varios de ellos a la llamada; pero llamando a un rábano, o a un espárrago, o a una alcachofa, no vendrá sino aquél o aquella que lleva aquél nombre tan particular.

Aquél hombre que lo conocían allí por D. Simón, y que se había dado a conocer en Europa por don Samuel, le tenían unos por judío y otros por hereje, sólo porque no había dado a sus hijos nombres de santos. El se reía de esto, y decía: si yo fuera judío hubiera llamado a mis hijos como me llamo yo, Simón, que es nombre bien judío, o Lucas, o Marcos, o Juan, de que usaron los hebreos; y si fuera hereje les hubiera puesto los nombres de Abraham, de Isaacs, y de Jacob, que llevaban los patriarcas muchos años antes de la venida de Cristo. Pero la verdad es que ni soy judío, ni soy hereje y con que Dios sepa lo que soy me sobra y basta”.

“Tal era el hombre extraordinario con quien tenía que vivir por algún tiempo Juliano Manzanal, y de quien debía aprender cosas de que no tenía la menor noticia hasta entonces; porque como iremos viendo, el anciano don Simón, (contaba 68 años de edad), aunque tenía sus manías como otro cualquiera, era un sabio en muchos aspectos y tenía un gran talento y los muy buenos conocimientos que había adquirido en sus viajes; siendo de advertir que había recorrido toda Europa y gran parte de América. Había nacido en Venezuela, y se jactaba de haber sido maestro de Bolívar. Pasó algún tiempo en Inglaterra, en donde se dedicó a la enseñanza de las primeras letras, y allí fue el inventor de las plumas de metal, que asegurando dos alambres de fierro al cabo de un mango de madera del largo y grueso de un lápiz, y ciertamente se escribía tan bien con aquel sencillo instrumento como ahora se hace con la mejor pluma de Guillot. Era aficionadísimo a la química, y decía que ésta y las matemáticas eran las únicas verdaderas ciencias humanas, porque dejaban convencido el entendimiento del hombre. Se hallaba en Bolivia cuando era presidente de aquella república el Gran Mariscal de Ayacucho, quien quiso darle un empleo público; pero don Simón, que era el hombre más independiente del mundo, rehusó aceptar una clase de destino que lo haría depender de otro o de otros hombres. El que sirve a un gobierno, decía él, se hace esclavo de otro esclavo, pues el que gobierna no es más que el esclavo de los gobernados; y el que sirve al público es el esclavo del amo más ingrato, más descontentadizo, más caprichoso y más necio de todos los amos...”.

Y más adelante, el famoso Irisarri anota lo siguiente:

“Podía ser bien loco el don Simón en muchos aspectos, como lo era en realidad; pero locura menos inofensiva, ni más social, ni más tole-

nable, ni más amable, podemos agregar, no podía haber en este mundo, en que no hay loco político, ni loco literato, que no quiera que los demás locos en estos ramos sean de opinión contraria a la suya.

“Hace el día de hoy veinticuatro años que hallándose en Guayaquil este filósofo, se presentó al escritor de esta historia con el objeto de proponerle un negocio, y entró diciéndole: aunque me han dicho que Ud. me tiene por loco, y yo no lo tengo a Ud. por menos, vengo a comunicarle un proyecto de grande utilidad para el público, y para Ud. si quiere entrar en él, y para mí que lo llevaré acabo; es una fábrica de velas y de jabón con que se puede surtir a todo el Ecuador de estos dos artículos, vendiéndolos a un precio muy bajo y dejando una grande utilidad a la fábrica. En efecto, el proyecto estaba muy bien concebido, y hubiera producido las utilidades que el autor había calculado, si no hubiera sido porque aquel hombre de gran talento carecía de la constancia necesaria para llevar a cabo cualquier empresa. A aquella fábrica le sucedió lo mismo que a todas las empresas en que había entrado en otras partes. Si es locura o no, la de principiar a hacer las cosas y no continuar con ellas, yo no lo sé; pero me parece que un hombre cuerdo no debe emprender cosa alguna sin tener la constancia necesaria para llevarla a cabo...”.

Para completar toda esta imagen, leamos el aviso o letrero que el famoso D. Simón Rodríguez ha colocado a la entrada de su casa: “luces y virtudes americanas, esto es, velas de sebo, paciencia, jabón, resignación, cola fuerte, amor al trabajo”.

Un buen día, nuestro viajero infatigable que también había convivido con los indios en una aldea en las riberas del Lago Titicaca, desde Quito emprende otra odisea con rumbo a la región sur colombiana, como vamos a verlo.

Entre los interesantes y bien originales escritos de D. Simón Rodríguez se cuenta el titulado extracto suscinto de mi obra sobre educación republicana, que fue publicado en los números 39, 40 y 42 de Neo Granadino de Bogotá, correspondientes a los meses de abril y mayo de 1849 y que lleva la siguiente presentación:

“Damos a la luz el extracto de una rara e interesante obra de educación hecho por su autor Simón Rodríguez, hombre extraordinario, que tuvo la merecida fortuna de ser maestro del Libertador Simón Bolívar, y que vive, anciano y retirado, en una de nuestras provincias, consagrando el resto de sus días a la enseñanza de los niños.

“Reproducimos en lo impreso el modo particular de distribuir las cláusulas que distingue los escritos del señor Rodríguez, cuyo singular talento veneramos y cuya suma pobreza es la prueba más visible del desprendimiento y constante beneficencia de aquél patriarca de Colombia”.

Esta producción aparece dedicada al “Sr. Gobernador de la provincia de Túquerres, coronel Anselmo Pineda” y comienza de este modo: “Hace 24 años que estoy hablando, y escribiendo pública y privadamente, sobre el sistema republicano, y por todo fruto de mis buenos oficios, he conseguido que me traten de *loco*”.

Ahora bien, sabemos que el Coronel Anselmo Pineda fue designado gobernador de la provincia de Túquerres —que acababa de crearse con la de Barbacoas en el sur de Colombia— a mediados de 1846, en donde, según el historiador Gustavo Arboleda, “permaneció pocos meses”.

Sabemos, así mismo, por el historiador Fabio Lozano y Lozano autor del libro Simón Rodríguez maestro del Libertador (París, 1914), que en “Túquerres el gobernador de la Provincia, Coronel Anselmo Pineda, amigo de Bolívar, ayudó en cuanto pudo al errabundo maestro del Libertador; y lo nombró director de una escuela”.

De lo anterior deducimos, claramente, que para el año de 1846 D. Simón Rodríguez, caballero andante del ideal educativo, había sentado sus reales en Túquerres, una de las ciudades más antiguas del departamento de Nariño, ubicada al noroeste de la fértil y pintoresca sabana del mismo nombre. Desde remotos tiempos, desfilaron por allí, en tránsito incesante, colonizadores, ejércitos, viajeros y mercaderes. Túquerres, por aquella época, fue una especie de puerto terrestre a donde confluían los caminos de Pasto, del virreinato de Quito y Barbacoas, en la costa del Pacífico.

A los setenta y cinco de su edad, cargado de múltiples conocimientos y agobiado por no pocos desengaños encontramos a este venerable anciano, dedicado sin desfallecimiento y con denodado esfuerzo a la enseñanza de los párvulos.

Con fecha 26 de noviembre de 1847, escribe al coronel Pineda:

“Amigo: No escribiré a usted largo, porque se me olvidó el día del correo, y la persona que lleva esta a Pasto la está esperando para ponerse en talones. La casualidad ha traído aquí un médico naturalista suizo, que anda explorando, y me ha hecho el favor de dar algunos remedios a Manuelito.

“Pasó para Barbacoas y va al Puracé a analizar las aguas del río Vinagre. Hoy debe estar en el cerro de Cumbal. No hay más noticias del país, y en las de Santa Fé corre que el general Mosquera es presidente de la república y que su hermano es arzobispo.

“Flores está en Norte América con un ejército de mil demonios. Roca está haciendo confesión general. Los angloamericanos se han tragado a Mexico como un pastelito. Yo estoy bueno. El doctor Orjuela ha pasado con su esposa de gobernador de Barbacoas. Hasta el correo que viene. S. Rodríguez”.

Los apellidos del último párrafo corresponden: el primero, al general Juan José Flores, quien fue presidente del Ecuador, el segundo se refiere, posiblemente, al político ecuatoriano Vicente Rocafuerte, quien moría en Lima ese año, y el tercero, al doctor Ramón María Orejuela, no Orjuela.

Deseoso de viajar a Bogotá, los años no le han cortado el ímpetu de soñar y caminar, a mediados de 1849, D. Simón Rodríguez se halla en Pasto, en medio de penalidades y miserias sin cuento. Conocedor de esta angustiosa situación, el comprensivo coronel Pineda no pudo menos de promover, en la capital del país, una suscripción en favor del indigente educador. Infortunadamente, parece que tan entusiasta llamamiento no tuvo eco alguno, pues al año siguiente, D. Simón se halla de nuevo en Quito. Aquí, en casa del ilustre payanés Pedro Antonio Torres, antiguo capellán de Bolívar, nuestro compatriota el doctor Manuel Uribe Angel tuvo la oportunidad de conocer y departir con el “Sócrates de Caracas”.

“La erudición del señor Rodríguez, describe Uribe Angel, era incomparable, su sabiduría, pasmosa. A veces, en momentos de entusiasmo, su elocuencia se destapaba como las ondas contenidas de un torrente contenido que rompe sus diques, para exponer las más luminosas ideas, para sentar los más exactos principios, para desenvolver los más provechosos sistemas y para explicar las más científicas doctrinas... Sin ser muy alto de cuerpo, tenía aspecto atlético; sus espaldas eran anchas y su pecho desenvuelto; sus facciones angulosas eran protuberantes; su mirada y su risa, un tanto socarronas; su cabellera y cejas, grises; sus piernas, algo separadas, como las de un marinero; sus pies, gruesos y calzados siempre con botas de doble suela. Llevaba de ordinario anteojos, y cuando de ellos no hacía uso, los colocaba sobre la frente. Cubría su cabeza con sombrero de fieltro de anchas

alzas; su cuello y pecho estaban abrigados, el primero por corbatín de raso, y el segundo por chaleco de paño, ambos de color oscuro; sus pantalones eran de tela burda, y su cuerpo se cobijaba con un levitón gris, suelto y ancho, cuyas faldas llegaban hasta las corbas”.

Con las palabras de un sabio, no olvidemos que así fue considerado el eminente científico antioqueño por la prensa neoyorquina en 1875 a raíz de una intervención suya sobre Cervantes, nos hallamos ante la vera efigie de otro sabio que entregó por entero su vida al servicio de la educación.

Ciertamente, D. Simón Rodríguez, exponente que concibió la educación republicana como el camino más eficaz para el logro de la independencia y la prosperidad y grandeza de nuestros pueblos, fue un maestro por excelencia. Si en Ipiales, “la ciudad de las nubes verdes”, D. Juan Montalvo concibió los Capítulos que se olvidaron a Cervantes, creemos que en Túquerres, el maestro del Libertador transmitió las últimas lecciones y escribió, quizás, su última obra. Con anterioridad había escrito, entre otras, Sociedades Americanas en 1828; Luces y Virtudes Sociales, y Defensa de Bolívar. No cabe la menor duda que las páginas del referido Extracto se publicaron en Bogotá, gracias al sumo interés y a los personales oficios del amigo a quien fueron dedicadas: al coronel Anselmo Pineda.

Aquél apostól de la educación y andariego infatigable, falleció en San Nicolás de Amotape, en el Perú, el 28 de febrero de 1854.